

Exposición

José Guerrero. Pelegrinaje (1966-1969)

3 de abril - 26 de mayo de 2019
CENTRO JOSÉ GUERRERO



La oferta, 1969. Óleo sobre lienzo, 140 x 170 cm. Colecciones reales. Patrimonio Nacional

Coproducen

Centro José Guerrero
Fundación Juan March

Comisariado

Francisco Baena
Inés Vallejo

Inauguración

Miércoles 3 de abril de 2019 a las 20 h

Horario

De martes a sábado y festivos:
de 10:30 a 14:00 h y de 16:30 a 21:00 h

Domingos: de 10:30 a 14:00 h

Lunes no festivos: cerrado

Visitas comentadas: martes a las 19:00 h

Calle Oficios, 8

18001 Granada

T +34 958 220119

www.centroguerrero.org



Centro
José
Guerrero



Diputación
de Granada
Avanzamos juntos



FUNDACIÓN JUAN MARCH

Se inaugura una muestra monográfica de José Guerrero forma parte de la serie de exposiciones organizadas por el Centro que acotan un periodo determinado de la carrera del pintor, en cada una de las cuales se profundiza en el significado de una etapa y en su función dentro de la trayectoria artística de Guerrero. También está ligada a los proyectos que la Fundación Juan March pone en marcha para estudiar a los artistas que forman parte de su colección: el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca y el Museu Fundación Juan March de Palma, que recibirán la exposición en junio y en octubre, respectivamente.

Esta muestra, que toma el título de uno de los óleos que se exhiben (*Pelegrinaje*, de 1969, que remite al poema lorquiano *Los pelegritinos*, tanto como al propio peregrinar del artista entre dos continentes), aborda el estudio de los años del regreso temporal del pintor con su familia a España en 1966, casi veinte años después de que abandonara su país «persiguiendo la modernidad» y se estableciese en Nueva York. Dos hechos clave convencieron a Guerrero de la conveniencia de su vuelta: la apertura de la galería de Juana Mordó en Madrid en 1964 y el encuentro con Fernando Zóbel, que inauguraría el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca en 1966. Y tres lugares, tres atmósferas, fueron decisivos en estos años: Madrid, Nerja –donde adquirió y rehabilitó un modesto cortijo–, y Cuenca –donde se integró en la comunidad de artistas en torno al museo–. Se trata de un periodo breve pero muy fructífero para Guerrero, que alcanzó entonces una madurez determinante para el resto de su obra. Su retorno puso fin a un ciclo y dio paso a una época que le sirvió para ganar confianza antes de volver a Nueva York, donde daría un nuevo giro a su pintura.

Este retorno se produjo en parte por la desorientación provocada por el cambio de paradigma que causó en la escena artística la irrupción del pop art. Guerrero vino en busca de sus raíces; con las ideas cada vez más claras, se aferró firmemente a unos principios que obtuvieron aprobación y reconocimiento en un entorno favorable. Las obras de esta etapa

reflejan esta autoafirmación, y a la vez exploran nuevos territorios formales: avanzan hacia la feliz síntesis de la expresión más pulsional con la voluntad de orden que se estaba imponiendo en un ambiente impregnado de la sensibilidad que acompañaba al minimalismo. La segunda mitad de los sesenta había *enfriado* la gestualidad anterior y detenido el predominio de la acción. Guerrero toma nota y extrae una lección favorable para él.

Además, el reencuentro con los paisajes de la infancia y el enfrentamiento con la memoria de su cultura de origen le permitieron dar fin al ciclo de su inmersión plena en el expresionismo abstracto con la inclusión de nuevas referencias. Abandona la dispersión de sus obras neoyorquinas y la tensión queda contenida dentro de la propia tela. Es el rasgo característico de estos años, como puede verse en la gran obra que abre la exposición, *La brecha de Víznar* (1966), con la que rindió homenaje a Federico García Lorca. De ella Juan Antonio Ramírez subrayó «su vigor comedido, esa austera valentía que evita sabiamente la sobreactuación retórica», atributos que aplica a otras obras de aquellos años y que pueden observarse en la veintena de lienzos que se distribuyen por las cuatro salas del Centro.

Merece destacarse además la presencia en la muestra del trabajo en papel, que siempre fue importante en Guerrero pero cuya ejecución alcanza ahora unas cotas magistrales, y que refleja perfectamente la tensión entre el gesto y el dibujo, la mancha y la estructura: encauza la energía desbordada en la etapa anterior, la equilibra en un sabio juego de tensiones y distensiones, alrededor de planos y estructuras cada vez más definidas; todo ello en armonía con la estabilidad emocional que alcanzó en esta etapa y la *pacificación* de sus impulsos.